

Jueves, 17 de agosto. Hace sol y la temperatura es realmente agradable.

Hoy me he levantado temprano. Sí o sí tengo que ir al monte y entrenar un poco.

Llevo casi dos semanas en el pueblo y no he logrado salir a correr temprano más de cinco días.

Al salir y respirar el aire de la mañana siento que estoy en casa, este es mi lugar y aquí conozco todo lo que me rodea.

O eso pensaba, porque una extraña sensación me persigue desde que he salido de casa.

Bajo a paso rápido hasta la carretera y después de hacer unos estiramientos en el

Mentidero comienzo a trotar a paso ligero hacia la Cueva de la Canal.

La sensación de que hay algo fuera de lugar no deja de perseguirme. Al cruzar el puente viejo miró hacia el río, viendo el reflejo del monte en la nueva poza que creó la riada.

No se ve un alma, ni siquiera los vecinos paseando a los perros. Por no ver, no he visto siquiera a los gatos que suelen recibirme al llegar a la carretera.

Todo está en su sitio y a la vez no lo está.

Llegó a los pies de la balsa y decido subir por el cerro. Es una subida dura, pero me sirve para tomar perspectiva.

No oigo pájaros, no veo insectos revoloteando a mi alrededor, pero, espera, en lo alto de un risco por fin veo a un ser vivo: una pequeña cabra me observa haciendo equilibrios sobre la roca.

Cojo el móvil para fotografiarla cuando, de pronto, echa a correr y desaparece detrás de un matorral, ¿qué ha podido espantarla?

Dejo la mochila en el suelo y la abro para sacar un poco de agua. El móvil se me cae cuando me agacho para coger la botella.

Lo recogeré enseguida, primero voy a acercarme al matorral donde se ha escondido la cabra: me ha parecido ver un reflejo extraño.

.
. .

- Sargento, esa era la última anotación de voz.
- Mierda, parece que esta chica fue la primera en encontrárselos . Con ella ya son siete los desaparecidos.